

UNA MIRADA NOVÍSIMA A LA ARGENTINA: *DIARIO AUSTRAL*, DE ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN

A NEWEST LOOK AT ARGENTINA:
DIARIO AUSTRAL, BY ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN

Antoni MARTÍ MONTERDE

Universitat de Barcelona

Resumen: El presente artículo trata sobre un aspecto bastante desconocido de la obra del novísimo escritor Antonio Martínez Sarrión: su prosa de viaje. Mientras su poesía, sus diarios y sus memorias han sido objeto de estudio, su libro de viajes *Diario austral*, publicado en 1987 en la editorial Hiperión, está agotado desde hace muchos años y nunca se ha reeditado. Esta obra se une a la tradición de escritores de viaje españoles en Argentina, añadiendo una reflexión sobre los libros y las librerías de la capital argentina.

Palabras Clave: Antonio Martínez Sarrión, Literatura Española, Literatura de Viajes, Argentina, Bibliofilia.

Abstract: This article deals with a rather unknown aspect of the work of the newest writer Antonio Martínez Sarrión: his travel prose. While his poetry, diaries and memoirs have been studied, his travel book *Diario Austral*, published in 1987 at the Hiperión publishing house, has been out of print for many years and has never been republished. This work joins the tradition of Spanish travel writers in Argentina, adding a reflection on books and bookstores in the Argentine capital.

Keywords: Antonio Martínez Sarrión, Spanish Literature, Travel Literature, Argentina, Love for books.

Toda escritura autobiográfica tiene un primer momento, un movimiento inicial en que se definen algunos trazos que permanecerán a lo largo de su —todavía sólo posible— despliegue, donde se realizan algunas de las preguntas que todas las demás páginas, —también todavía sólo posibles, quizá impensables— intentarán responder, o donde se construirá la necesidad invisible de preguntas inexistentes. Las primeras páginas de una escritura autobiográfica, especialmente si ha acabado consolidándose como una de las facetas más importantes de su autor, suelen ser asediadas por su propia extrañeza ante el crecimiento de una palabra desde la inconsistencia de los días, los lugares y los recuerdos, y por el extravío en las mudanzas del tiempo, de los espacios y de la misma memoria. Aquellas primeras páginas suelen ser siempre las más fáciles de perder y las más difíciles de publicar, si es que llegan a editarse algún día; y si todo libro autobiográfico, especialmente en el caso de los diarios, es casi siempre un extracto, también es cierto que se constituyen en el anclaje de la palabra, en el mismo momento de realizarse esa extracción, un momento donde quizá la primera página ya esté ausente, irrescatable, pero donde la aparición de lo hasta entonces ausente, el yo que se crea —es decir: los yo que se crean— en el momento mismo de iniciar ese movimiento especular, permanece como movimiento incesante. Todo primer libro autobiográfico tiene más de tensión que de intención; pero de sus intenciones nace una tensión que alumbrará todos los demás como relato.

El caso de los libros autobiográficos de Antonio Martínez Sarrión ofrece una posibilidad, casi irrepetible, de interrogar aquel momento decisivo del primer movimiento autobiográfico, puesto que los avatares editoriales posibilitaron su aparición y, casi al mismo tiempo, su desaparición, y por que su extracción vino determinada por su propia constitución desplazada. La ya dilatada aventura autobiográfica de Antonio Martínez Sarrión se ha repartido, a lo largo de la última década, de forma casi equitativa, entre memorias y diarios.¹ En un territorio semejante a estos últimos, pero con la especificidad de tratarse de las páginas de su diario que corresponden a su primer viaje a la Argentina, se sitúa *Diario austral*, publicado en 1987; por tanto, supone el inicio, casi ya olvidado, editorialmente invisible de un despliegue autobiográfico que, sin duda, se encuentra entre los más interesantes de la actual literatura en lengua castellana y que se inició mucho antes de su actual efervescencia memorialística.² Pero hay que remontarse algunas décadas atrás para encontrar el verdadero origen de este libro y buena parte de su sentido, comenzando quizá por los sentidos de su título.

¹ Por un lado, las memorias, de las que ya conocíamos en las fechas de este congreso *Infancia y corrupciones* (1993) y *Una juventud* (1997), y que finalmente se han cerrado con *Jazz y días de lluvia* (2002); por otro, sus diarios, anotaciones escogidas de un material más vasto, reunidas hasta el momento bajo los títulos *Cargar la suerte* (1995) y *Esquirlas* (2000).

² Pese a ser publicado por la editorial Hiperión, al tratarse de una extraña coedición con el Instituto de Cine y RTV, de la Universitat de Valencia, y la no menos extraña Fundación Shakespeare, el libro no salió de los tradicionales talleres de madrileños de Hiperión, sino de las valencianas Gráficas Soler. Sabemos que salió de allí, pero casi ignoramos a dónde: en las bibliotecas universitarias españolas sólo consta que haya cuatro ejemplares; nunca fue visto por mí en las librerías, ningún librero, de los muchos que lo intentaron a petición mía, consiguió arrancarlo de un distribuidor, nunca una librería de viejo me deparó la alegría de retirar el polvo de sus cubiertas, y ni siquiera los libreros de viejo ya informatizados dan noticia de su existencia. Una entrevista con Martínez Sarrión realizada por la Unidad de Estudios Biográficos de la

En la “Poética” que redactó para acompañar sus poemas seleccionados para *Nueve novísimos poetas españoles*, Antonio Martínez Sarrión señalaba como primero entre los diversos factores que habían resultado determinantes en el aperturismo cultural de aquellos años, y en la renovación literaria que coprotagonizaría, el «acceso más fácil a libros editados en el exterior, fundamentalmente en Latinoamérica (las ediciones de nuestro país eran absolutamente deleznable y no me refiero sólo a poesía) considerados hasta los años cincuenta como clandestinos o poco menos.» (CASTELLET, 1970 [2001]:88-89) No es la única referencia que el novísimo poeta *senior* hace a Latinoamérica en su inventario de grietas en la claustrofobia estética dominante, e incluso la decidida alusión al impacto de la «última narrativa latinoamericana, que nos ha hecho recordar que utilizábamos un lenguaje y no un arenque fosilizado, si se atendía a lo que escribíamos los autores españoles en castellano» (CASTELLET, 1970 [2001]:89) parece mucho más significativa.

Sin embargo, la primera de las alusiones, la del mundo editorial latinoamericano, que cabe entender sobretodo en clave argentina (sólo en menor medida, mexicana) abre un paréntesis de la memoria que debe cerrarse reflexionando sobre lo que suponen aquellas editoriales en la educación sentimental de la gente de letras y, por tanto, de biblioteca, donde a todos nos ha llamado la atención alguna vez que muchos de los libros de ensayo, filosofía, crítica y literatura en general con los que más hemos crecido contasen con un pie de imprenta transatlántico y, demasiado a menudo para ser casualidad, un pie de imprenta austral —según don Julio Casares, “perteneciente al Sur”—. Austral era —y es, hoy todavía— uno de esos nombres editoriales míticos, casi los inventores del libro de bolsillo, y, sin embargo, con un catálogo que ya quisiéran muchos *cartonés*. Fundada en medio de las contradicciones de la guerra civil española, esta colorista colección —verde para el ensayo, azul para el relato y la novela, negra para los viajes y reportajes, gris para los clásicos,... sobre un mismo diseño audaz y anónimo, todavía vigente— acabó convirtiéndose en un ejemplo de civilidad. La editorial Espasa-Calpe, con sede en el San Sebastián *nacional*, necesitaba dar salida a un gran excedente de papel que tenía en su sucursal en Argentina, para así poder financiar a los sublevados. El responsable de la editorial en Buenos Aires, Gonzalo Losada, que no dudó en transformar aquella filial en Espasa-Calpe Argentina en febrero de 1937, ideó la colección Austral pensando sólo en la mejor literatura universal, y puso al frente de ese proyecto a Guillermo de Torre, quien, de manera intermitente, vivía en Buenos Aires desde hacía una década, y se instalaría definitivamente en la capital porteña aquel mismo año. Faltaba poco tiempo para que, en un texto fechado en 1940, de Torre afirmase que la literatura de los años venideros llevaría idéntico rótulo en las historias literarias de todos los países europeos: *literatura del destierro*: «Surgiría así un período de tan absoluta aridez intelectual en Europa como de extraordinario enriquecimiento en ambas Américas.» (DE TORRE, 1943: 320-321.) Aunque no se concretase hasta dos años más tarde, quizá el breve pero duro exilio de Ortega y Gasset en Argentina comenzase el 30 de septiembre de 1937, fecha de la aparición del primer título de la

Universitat de Barcelona ni siquiera da cuenta de él. Por el momento, no se ha hecho cargo de ella la editorial Alfaguara, que viene publicando el resto del material autobiográfico del autor, por más que en el prólogo al primer volumen de las memorias, Carmen Martín Gaité citase y comentase algunos fragmentos que lo reclaman.

colección: *La rebelión de las masas*. Durante algunos años, Ortega seleccionaría parte de los títulos a publicar, que se editarían con unas cautivadoras solapas redactadas por otro exiliado español —madrileño, para ser más exactos— en Buenos Aires: Ramón Gómez de la Serna; unas solapas siempre tentadas de convertirse en retratos, casi ejerciendo greguerísticamente la crítica literaria al dejar caer en sus breves líneas alguna de las ideas más interesantes que se hayan dicho sobre los libros que abrigaban. Durante años, la mitad de la edición se quedaba en tierras americanas, y la otra mitad, si pasaba la censura franquista, se embarcaba rumbo a los puertos de Galicia y de Barcelona. Fueron años en que la doliente profecía de de Torre se cumplió, y se hizo especialmente visible en el ámbito editorial en lengua castellana. El nombre de Austral estaba entonces acompañado de Losada —fundada en 1938 por el mismo Gonzalo Losada, Guillermo de Torre y Atilio Rossi, desvinculados ya de Espasa-Calpe—, Sur, Emecé, Sudamericana y tantos otros, siempre con sus apellidos: *Printed in Argentina*. «La calidad del bien satinado papel junto a la limpieza tipográfica de los viejos títulos de Austral Argentina los hacen para mí especialmente succulentos» (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987:16), se afirma en un momento de libro que nos centrará. Un libro que, cabe recordarlo, se titula *Diario austral*, precisamente *austral*, y es el primer libro autobiográfico dado a las imprentas por nuestro autor.

El objetivo de estas páginas es mostrar como todo ello no puede ser casualidad, y que la escritura autobiográfica de Martínez Sarrión afirmó sus pasos en el desvelamiento de esa coincidencia. En materia libresca, toda una generación, entre la cual me incluyo de manera anacrónica, tiene algo de ciudadanía argentina, puesto que el meridiano de la literatura y de la edición en lengua castellana pasaba por Buenos Aires, especialmente durante el eclipse de inteligencia que fue la dictadura. La lectura, como posibilidad, también estaba exiliada, y resulta necesario recordarlo, como lo hace Sarrión al encontrar en Córdoba un librero de renombre, “Assandri”:

Estan del todo agotadas y sospecho que sin visos de pensar en su reedición las míticas traducciones de Rilke, Novalis, Hölderlin, Rimbaud, Apollinaire y Blake. Visionarios, volados y místicos de todo pelaje, se vertían y frecuentaban con primor en la Argentina cuando en la península, nosotros, jóvenes, y rabiosos lobeznos, estábamos a una estricta dieta de Alberti, Celaya, Otero, Neruda y Vallejo, siempre obtenidos en los infiernos de librerías de confianza. Hoy se volvieron las tornas y la endeblez de la edición de calidad en esta república está bien a la vista. En España se edita con más o menos fortuna en este momento a los antedichos sublimes, pero sin aquella limpidez y aquel gusto exquisito. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987:16)

En estas condiciones, no es de extrañar que, en un determinado momento, Martínez Sarrión hable de “dos Valéry-Losada: *El alma y la danza* y *Mi fausto*.” (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1997:99). Losada vertió al castellano, entre la década de los cuarenta y la de los cincuenta, casi la totalidad de las obras del escritor francés, y el nombre de la editorial argentina que hace posible la lectura de sus libros se incorpora a la memoria fundido con la firma de su autor, superando incluso el desafío de que su rúbrica domine la cubierta en el segundo de los casos, traducido por Aurora Bernárdez en 1956. En el primero, publicado en su «Biblioteca filosófica» en 1940, la traducción fue del poeta catalán Josep Carner, y la rotundidad de la tipografía, de gran cuerpo, color azul celeste sobre fondo blanco, eclipsa el otro título que incluye el volumen: *Eupalinos o el arquitecto*, haciéndolo olvidadizo. La forma de la memoria voluntaria se constituye así sobre la materialidad de la memoria involuntaria. La manera en que

Martínez Sarrión considera estos libros se sustenta sobre la imagen de una segunda primera edición, sobre la idea proustiana de que son más importantes para el individuo las ediciones en que se leyó por primera vez un libro que sus verdaderas primeras ediciones. Desde este punto de vista, casi debe entenderse como un homenaje que siempre que en sus diarios posteriores y en sus memorias aparece comentado, citado o simplemente evocado un libro editado en Argentina, este dato se haga constar claramente.

Por otro lado, en una reciente entrevista, perduraba el espíritu de aquellas afirmaciones, resaltando el hecho de que en el aprendizaje de la libertad los libros se convirtieron en los maestros que no se tuvo:

La única libertad se iba encontrando a tientas y torpemente entre los compañeros y amigos de infancia, adolescencia y juventud. Con la excepción de pocos —puedo contarlos con los dedos de una mano— maestros. A éstos había que buscarlos en libros difíciles de adquirir por lejanos, caros, prohibidos o en los «infiernos» de las bibliotecas, y estos últimos siempre y cuando se hubieran salvado de la quema, en el sentido literal del término. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1997:80)

No se trata, por supuesto, de escrutar los estantes que forran las habitaciones de los autores, sino de prestar atención a un pliegue de la escritura de la memoria que muestra cómo la escritura autobiográfica de Martínez Sarrión habría sido otra muy distinta sin aquellos editores, y que la misma idea de la escritura quizá tampoco sería la misma sin un encuentro con su memoria mientras pensaba en caminos de regiones desconocidas, ejercicio que nuestro autor aprendió de Rilke. Desconocidas, pero íntimas ya, porque quizá Buenos Aires ya exista para toda persona de letras en una cuarta fundación: en un rincón de la biblioteca como forma de autobiografía. Pensaba Walter Benjamin, mientras desembalaba su biblioteca, que cualquier tentativa de ordenarla no es más que un dique contra la marea de recuerdos que, en continuo oleaje, se abate sobre cualquier coleccionista, y que si toda pasión linda con el caos, la del coleccionista linda con el caos de los recuerdos; el desorden ya habitual de estos libros dispersos subraya la presencia del azar y del destino, haciendo revivir los colores del pasado (BENJAMIN, 1931 [2001]:1-2). Al hablar de la memoria, pues, cabe interrogar a la autobiografía, y a su espacio, que siempre es espacio letrado, organizado y desorganizado por los libros. Se trata de entender a la vez la dimensión testimonial y ficticia que sustenta una de las funciones que la literatura tiene para Martínez Sarrión:

[...] el gusto por la vuelta atrás y la relectura, la detención en esa embriaguez del ritmo de las palabras convenientemente articuladas y con la música justa, que se solapa a las resonancias evocadoras que a la vez lo fónico y lo reminiscente hacen aflorar en el lector y que va más allá de los ingredientes argumentales, de peripecias, acontecimientos más o menos extraordinarios, inexplicables o dramáticos que toda narración y en grado creciente la ficción de nuestros días parece obligado que contenga. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1997: 80)³

³ Se entienden estas afirmaciones casi como un fragmento digresivo de su escritura autobiográfica, como el esbozo de una posible poética autobiográfica, puesto que se trata de una entrevista seguramente realizada por escrito, a solas ante un vago cuestionario, según se desprende de algunos enunciados tanto del entrevistado como del entrevistador.

En *Diario austral* encontramos un intenso proceso de relectura de libros y de sí mismo, camino de la escritura de sí mismo y de los libros que vendrán,⁴ posibilitado por el desplazamiento, por el viaje a un lugar donde no está la memoria sino en forma de cruce de momentos auráticos y epifánicos que asaltan a la mirada constantemente. Todo relato de viaje se constituye en la interpenetración entre la narración personal y las circunstancias exteriores al sujeto que determina una tensión (o equilibrio) entre el sujeto observador y el objeto observado (TODOROV, 1991 [1993]:99); y si todos los viajes, desde el romanticismo, son viajes librescos, *Diario austral* lo es doblemente, porque se cruza el libro que surgirá de la experiencia del viaje con los libros que sustentan su inminencia en momentos de una especial densificación de la mirada: la interrupciones de la continuidad que supone la entrada a las librerías, especialmente las librerías de viejo, puesto que en ellas se cruza lo imprevisible con lo recordable, y en ese cruce se constituye una forma de escritura autobiográfica que se transforma a sí misma de manera intertextual. La importancia de este tipo de anotaciones abisma y desborda la idea de Paul de Man, expresada en «La autobiografía como desfiguración», de que la «autobiography, [...] is not a genre or a mode, but a figure of reading or of understanding that occurs, to some degree, in all texts» (DE MAN, 1984:70), situándola en un terreno impensado por el crítico belga, puesto que en estos instantes la autobiografía se escribe leyéndose, desplazada a otros libros.

Por otro lado, como ha señalado Christine Montalbetti (1997), no podemos decir el mundo sino a través de la mediación de discursos ajenos, de una biblioteca ya constituida; el libro de viajes se enfrenta al peligro de transformarse en una vasta bibliografía, y obliga al relato de viajes a situarse paradójicamente entre la necesidad de convocar y eludir al mismo tiempo el reenvío a otros textos sobre el lugar visitado y sobre la misma legibilidad del mundo. En cuanto al viaje a Argentina, la biblioteca explícita que podría haber tomado en cuenta Martínez Sarrión resulta interminable: Santiago Rusiñol, Julio Camba, Rafael Cansinos Asséns, Le Corbusier, Antoine de Saint-Exupéry, Guillermo de Torre, Federico García Lorca, Eugeni d'Ors, Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna, Witold Gombrowicz, María Teresa León, Rafael Alberti, Josep Pla, Rafael Dieste, Francisco Ayala, Rosa Chacel... Si bien es cierto que en estos autores, bien en libros enteros o bien en algunos capítulos de diversas obras, podría buscar miradas semejantes a la suya, o incluso en otros más decimonónicos, como Jules Huret, Georges Clemenceau, W.H. Koebel, Adolfo Posada... podría encontrar aquel prisma de que Todorov, irónicamente, recomienda acompañarse en los viajes: un libro ya un tanto antiguo, que ofrezca una imagen de los otros un poco caricaturesca, que permita constatar con satisfacción todo el camino recorrido, separándose del narrador, con el cual el viajero se identifica y se distancia al mismo tiempo. (TODOROV, 1991 [1993]:102) Sin ignorar esta relación con los libros precedentes, Martínez Sarrión la elude, porque tiene otras prioridades: decide quedarse a solas con una biblioteca que, en tanto que textos, poco o nada tiene que explicarle sobre Argentina, pero mucho sobre él mismo; una biblioteca surgida, a un tiempo, del azar mismo del viaje y de la memoria, tanto de los

⁴ Incluso del mismo *Diario austral*: no debe pasar desapercibida la frase que cierra el libro: "...mi espíritu ebrio de imágenes cegadoras. La memoria dispone sus dudosos andamios. Me pongo al tajo."

libros leídos como de los buscados en otro tiempo, y que ahora se encuentran, se dan, olvidada ya su búsqueda:

En una buena librería de viejo, me quita el mal gusto de boca [de un incidente con un «burócrata cultural de Madrid» y unos «escritorcillos españoles»] el hallazgo, allá en los anaqueles más altos, de un Azorín que no tenía: la edición en cartóné de *París bombardeado y Madrid sentimental*, dado a la luz por Caro Raggio en los primeros veinte. Alborozo. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1997:87)

Ese alborozo desordena el viaje, pero ordena la escritura.

Todo libro de viajes tradicional se configura de una manera doble: mira a la vez el lugar visitado y el de origen y retorno. Por un lado, evidentemente, el escritor se explica lo que va viendo, en su descubrimiento de la otredad; pero tradicionalmente también se organizaba la escritura respecto al lugar de origen del viajero en tanto que lugar de destino del libro de viaje, allá donde se publicará. Este doble movimiento resulta ya visible en las intenciones geográficas y económicas de los primeros viajeros; se vería fomentado de manera explícita en los viajeros de finales del siglo XIX y comienzos del siglo pasado como discurso que se articula con los movimientos migratorios —en el caso argentino es muy evidente, puesto que esa escritura doble comenzaba ya desde la invitación institucional de escritores que fomentasen en su país el entusiasmo por la aventura americana—; esta doble mirada se potenciaría, por supuesto, en la melancolía del emigrante y, especialmente y por razones obvias, en la del exiliado. Y todo ello, unido a la evidencia de que todo viaje es un viaje de formación. Pero, más allá de estos cruces, se encuentra otra evidencia: descubrimos lo desconocido a partir de lo conocido, de la relación de lo otro con lo propio; así respecto a un edificio cercano a donde se alojará en su estancia en Córdoba, Martínez Sarrión no duda en afirmar que «[c]on más adornos huecos y jeribeques, no sería ningún disparate atribuírselo a un discípulo de Gaudí» (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 13).

Para concluir que

[...] De modo que a lo largo de mi estancia en la ciudad, mi salida diaria a la estruendosa arteria en donde vivo, me hace siempre pensar en un rincón de Barcelona, de Lausanne o de Estoril. No deja de ser una suerte de boya familiar ante una realidad compleja que voy a tratar de penetrar. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 13)

La actitud de Martínez Sarrión podría parecerse a la de los viajeros europeos de comienzos de siglo. Paseando por la avenida de Mayo, en 1910 Santiago Rusiñol había pensado algo semejante:

[...] la primera impressió és la de què no sabem on vivim. Si ens fixem en els rengles de cases correctes, sèries, riques i aparatoses, amb balastrades Lluís XIV i portades senyorials, ens creiem en un Boulevard Haussmann o en l'Avinguda de Kléber; si anem més enllà, i seguint un carrer, trobem el riu al capdavall, ens tornem a trobar a Amèrica, amb la immensa planura d'aigua, amb unes ratlles que són illes; si anem al port i veiem els vaixells arrengrerats com vies flotants, ens figurem trobar-nos al Tàmesis; si a la dreta el barri de Manceau, i si a l'altra banda, altra volta a Amèrica. (RUSIÑOL, 1911: 57-58)

Enrique Gómez Carrillo, aunque con intenciones bien diferentes, no duda en absoluto:

Es en París donde estoy, no en Buenos Aires... Ahí, en la esquina, veo la terraza de mi café, de mi café de siempre,... Enfrente, bajo una «marquesa» de cristales, se distinguen los grandes carteles que anuncian el espectáculo de esta noche en el Vaudeville[...] ¿Y la gente?... Desde aquí claro que no oigo lo

que hable. Pero estoy seguro de que la lengua que emplean es el francés. ¿No estamos acaso en París?
(GÓMEZ CARRILLO, 1914, 24-26)

Sin embargo, la coincidencia de referentes y de términos no debe llevarnos a engaño: los viajeros de principios de siglo, además de orientarse en la ciudad desconocida tanteando lo que de ella descubren como reconocimiento, buscaban divulgar o debatir el proyecto europeísta que Argentina se había propuesto: ser la París del Sur, postularse como Capital del siglo XX. El sueño moderno de Buenos Aires pone en juego tanto retóricas arquitectónicas como institucionales para favorecer la inmigración europea, y los escritores participan de esas retóricas en tanto que intervención pública en el proceso modernizador, después frustrado, de la capital porteña y del país. No será hasta años más tarde, descaecidos ya aquellos sueños, pero todavía despierta su materialidad, que será posible desplazar el centro de gravedad de ese imaginario mixtificado. Ramón Gómez de la Serna —uno de los referentes autobiográficos de Martínez Sarrión, primero viajero y después exiliado y automoribundo en Buenos Aires—, ya sin las presiones institucionales que tuvieron los viajeros del centenario, no deja de constatar esta extrañeza extraterritorial, pero ciñéndola ya a las sensaciones del viajero. En su *Explicación de Buenos Aires* creía que

[...] lograr la definición de la avenida de Mayo, es un poco lograr la expresión de Buenos Aires en su relación intrínseca con España. Tiene algo de rambla catalana, de la calle de Alcalá y de la entrada de la Gran Vía, mezclándose por eso la sensación que tienen los catalanes en Madrid y los madrileños en Barcelona.
(GÓMEZ DE LA SERNA: 1948:284).

Martínez Sarrión aprehende esa extrañeza, como podemos apreciar en un párrafo representativo de lo que el autor llama “similitudes epifánicas”:

La configuración de la estación ferroviaria de San Isidro, frente a la cual almorzamos en una inmensa cafetería, me lleva a imaginar por instantes que me hallo en alguno de los pueblecitos del extrarradio de Londres una tarde de domingo. [...] El color rojo intenso de los continuos trenes de cercanías contribuye a anglosajonizar el instante. Aunque tal vez el factor más trabucador sea que los andenes se pegan materialmente a los ventanales del café, de tal forma, que se anula todo el efecto de profundidad en una como calcomanía o transparencia de cine. Existe algo de apelmazado, de espacio aprovechado en exceso, que bien pudiera constituir ese denominador común de esta similitud epifánica entre dos ciudades tan distintas.
(MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 84)

Independientemente de que exista una razón material para esta semejanza, puesto que todas las infraestructuras ferroviarias argentinas fueron construidas por ingenieros británicos calcando la mampostería victoriana, esa semejanza se establece despojando las cosas de los ropajes de lo visible, y es en un plano de valoración casi moral en el que se establece la relación: fantasmagoría, claustrofobia, se constituyen en el tacto de la mirada a tientas que consigue construir su propia luz.

Pero un detalle distingue definitivamente la actitud de nuestro autor.

Y el caso es que las casas bajas tienen carácter: otra vez la reminiscencia, en esta ocasión más bien fotográfica o literaria. Al atisbar esas altas puertas en chaflán con un rápido remate en terrado, al cual oculta un frontispicio de estuco, me vienen a la memoria las abarroterías de gachupines o gallegos, en las narraciones de tema americano que Valle-Inclán escribiera. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 13)

Martínez Sarrión constituye sus referencias al unísono entre la piedra y los libros: para orientarse en la ciudad se vale tanto de lo visto como de lo leído, pero no para ejercer el comentario o la polémica —recordemos que el libro de Gomez Carrillo era una respuesta optimista a la visión crítica que de la Argentina había ofrecido Rusiñol—. Sencillamente, en la aprehensión de la realidad ajena, los libros son ya definitorios de la mirada y constitutivos de su extrañeza. La semejanza se construye desde dentro de la mirada, traspasando la materialidad, como descubrimos en otro momento del libro de manera todavía más evidente:

Los desolados crepúsculos americanos. se echan de pronto las sombras, se diría que a tentones, sobre la arquitectura desigual y trastabillante; se va borrando la luz por los bordes de un cielo altísimo que atraviesan en triangulares, perfectas bandadas, cientos y cientos de pájaros. *Cuervos y cornejas* recuerdo que se llamaba un cuento ilustrado de mi infancia, editado por Sopena. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 20)

De manera semejante se constituyen las inflexiones del viaje que suponen las visitas en uno de los espacios privilegiados en *Diario Austral*: las librerías de viejo, como las de Córdoba:

Las abundantes librerías de la calle del Deán Funes, como, por otra parte, todas las de la nación, tienen esta primera particularidad, hartamente enojosa para el bibliómano: la mercancía carece de toda indicación de precio, lo que supone que hay que preguntar libro por libro, un auténtico suplicio oriental. Ello es debido a que la oscilación de los costos, no sólo acontece de semana en semana, sino que, en lo tocante a ediciones de hace más de diez años, americanas, españolas, es imposible aventurar mentalmente el coste del volumen, el cual será señalado a voleo por el cambiante humor del dueño o empleado de la tienda. Y como a un ciudadano de mi perfil lector, lo que le interesa no es la pobre o consabida edición actual, sino la gloriosa de los cuarenta, cincuenta y sesenta, el infierno me acecha cada día que dedico a la caza de libros. Dos ejemplos reveladores de la disparidad: uno de los libros para mí más inencontrables de Azorín habría sido *Andando y pensando. Notas de un transeúnte*, recopilación de artículos publicados en 1929, donde reverdece un Azorín muy crítico socialmente, casi izquierdista. Salvo en las agotadísimas obras completas de Aguilar, tal volumen no se había reeditado más que en dos ocasiones en “Austral” —la última en el 59. A lo largo de más de un año, revolví prácticamente todas las librerías madrileñas y parte de las barcelonesas y valencianas, infructuosamente. Pues bien, en el más polvoriento rincón de una librería cordobesa del montón, me puedo hacer con él a un precio ínfimo, ya que los restos de ediciones argentinas de Austral, en contraposición a las españolas, resultan bastante baratas. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 26-27)

Por un lado, la primera parte de esta cita muestra aspectos del libro de Martínez Sarrión que cabría comentar con más atención: que la preocupación por la situación económica y social del país, desplegando una penetrante hermenéutica de la vida cotidiana, siempre atenta a pequeños detalles de los que se desprenden conclusiones de gran alcance.⁵ Por otro lado, volviendo a nuestro eje de

⁵ Que en esta comunicación nos centremos en la huella de los libros en la escritura autobiográfica de viaje no quiere decir que otros aspectos del libro de Martínez Sarrión no sean relevantes, y cabe como mínimo señalarlos para evitar malentendidos: el descubrimiento de la otredad y de su semejanza, el desarrollo de la figura del *flâneur* en virtud de la premura de tiempo y de la falta de dominio y el ritmo —a menudo motorizado— del descubrimiento de los espacios, la crítica al incipiente neoliberalismo, el retrato, ácido y certero de la «intelectualidad» española en prepotente gira sudamericana, la vida en la argentina europeizada para siempre,... y tantos otros temas destilados por el autor serán comentados en mejor ocasión.

Por otro lado, esos encuentros también depararán la posibilidad de ejercer la crítica literaria, de manera irónica: «Por incógnitos caminos ha llegado a estos zaquiamies —me aseguran que vía Caracas— el lote casi completo de aquella operación que se llamó nueva narrativa española y que lanzaron de consuno Barral y Planeta, muy a principios de los setenta. No resulta elegante citar nombres, pero figuraban en casi todos los lanzados y en torres de volúmenes que producen asombro. Puede uno hacerse con cualquiera de ellos por unas cincuenta pesetas. Yo me hago más bien con una agonía de Europa de María Zambrano, primera edición argentina de 1945 y por el mismo precio.» (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 93)

reflexión, en este fragmento se hace evidente que la irrupción de la memoria involuntaria se constituye doblemente en tanto que las librerías de viejo no se buscan libros, sino que se encuentran, y en tanto que dotan de sentido al presente y al pasado, alterando la disposición de los huecos de la biblioteca de entonces con los huecos que ahora se descubren.

Las librerías de lance hondas como túneles constituyen una de mis guaridas porteñas. Invaden la acera con sus bandejas atiborradas de torres de libros, pero lo más secreto se encuentra al fondo, en la profundidad polvorienta de los anaqueles mal iluminados, donde huele a gato y a humedad. Con paciencia, y echándole horas, se pueden encontrar joyas: viejos y cuidados restos de edición de Losada, Emecé, Sudamericana, Hachette, Rueda y otras, de los años cuarenta y cincuenta. [...] Para un incorregible bibliómano, esto es semejante al encuentro de Hemingway con un rebaño de búfalos salvajes en las húmedas sabanas de Kenya.» (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 93)

Martínez Sarrión se sabe en una búsqueda de otro tiempo:

En las mejores tiendas es posible encontrar el libro más reciente junto a restos de edición de hace veinte o treinta años. Estos son los que a mí me importan; de modo que suelo pasar muchas mañanas encaramado a escaleras metálicas rastreando estantería por estantería y plúteo tras plúteo, agurdando que salte la ansiada pieza. [...] Por ejemplo hoy, en que logré una segunda y rarísima edición de un libro de Bergamín inencontrable, pese a su no muy lejana reedición en España a cargo de la Editora Nacional, que debe guardar los volúmenes enmohecidos en alguna pérdida covachuela. Se trata de *Mangas y capirotes* [...]» (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 63-64),

Aunque se plantee en términos de cacería, se trata de una cacería sin persecución objetual: por más que se insista en que «hay que ser tesonero y hasta un poco zascandil en las librerías argentinas para levantar piezas que valgan la pena» (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 63-64), por más que se detallen las «semi-obscenas caricias a los libros capturados» (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 99), por más que, refiriéndose a los libros de la colección Austral, se afirme que rara es la mañana que no queda iluminada por el acecho y caza de uno de esos pequeños volúmenes» (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 63), a cada línea escrita se constata que las piezas se transforman en sus manos en fragmentos: fragmentos de memoria y fragmentos de escritura. Lo que estos libros iluminan no es tanto la mañana en que llegan a las manos del narrador, sino otras mañanas, otros días en que esos libros se leyeron o anhelaron, otros días todavía por iluminar en la escritura que harán posible. Los recuerdos más secretos, los que no se sabe que se tienen y los que no se sabe que se tendrán, se encuentran al fondo, en la profundidad polvorienta de los anaqueles mal iluminados de la memoria. El viaje y su relato serán su luz definitiva en este y otros libros: el autobiógrafo se ha perseguido a sí mismo, ha viajado para encontrarse en una escritura de la cual, como de sí mismo, lo ignora casi todo hasta el instante en que estalle. En su autopercepción como bibliómano, el narrador sabe, como Benjamin, que por más original que sea un coleccionista a la hora de seleccionar sus objetos, lo normal es que los coleccionistas sean guiados por los objetos mismos (BENJAMIN, 1937[1990]:131); aunque para el coleccionista el principal destino de cada objeto, de cada libro, sea su lugar en su propia colección, el coleccionista encierra cada objeto, cada libro, en un círculo mágico en el que se inscribe su propio destino (BENJAMIN, 1931 [2001]:3), puesto que al romper el *continuum* de la historia al descubrir en el fragmento, en el objeto, en el libro, aquello que contiene de intransferible, aquello que lo hace único a sus ojos, al fin y al cabo está construyendo la certeza de que no hay nada más único que el relato de

sí. Si la colección es el coleccionista, y si —como afirma Pessoa— los viajes son los viajeros, en un relato de viaje como *Diario austral*, no podía sino iniciarse el camino de una escritura que se desplaza para encontrarse como lectura. Explica Martínez Sarrión en el tercer y, parece ser, último volumen de sus memorias, *Jazz y días de lluvia*, que, de camino a una fiesta, pasó por la antigua librería Visor y adquirió dos libros, uno de los cuales era la reedición de bolsillo —pero no por ser de bolsillo, menos voluminosa— de la *Antología de la literatura fantástica* de Borges, Bioy y Silvina Ocampo:

[...] un galeón repleto de tesoros raros en castellano y en versiones impecables de literatura extranjera de todos los tiempos y países. Me pasé la velada con ambos tochos en los bolsillos de la chaqueta, que quedó deformada para los restos. Mejor eso que extraviarlos. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 2002: 123)

Como los bolsillos de la chaqueta, la escritura de Martínez Sarrión se desfiguró en su propio movimiento constitutivo, del cual *Diario austral* nos muestra algunos pliegues y despliegues. Velada —en el sentido demaniano (DE MAN, 1979: 81)— por sí misma, la autobiografía se llena de libros para ser posible, para no extraviarse, para siempre.

Aunque cabría desarrollarlo de manera específica y extensa, hay que destacar al menos un punto importantísimo del otro aspecto del despliegue libresco del viaje, la literatura argentina, y, evidentemente, Jorge Luis Borges como fundador de una mítica Buenos Aires reconocible pese a no haber sido vista antes:

Entre inmensas explanadas que salpican facultades universitarias, el rojizo Museo de Bellas Artes y estatuas de próceres, cuyos nombres me resuenan más por ciertas páginas borgianas. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 76)

Nos encontramos ante el momento culminante del viaje, el punto en que la distancia del tiempo salta por la falta de distancia:

Bordeamos la Plaza de San Martín, colándonos como una exhalación por Maipú. Nuestra conductora para el coche en el número 994. Ni un alma por las calles. Algunas fibras de claridad en el fondo de cañón de los edificios. Bajo y me planto ante un portal nada llamativo, como puede haber miles en el madrileño barrio de Salamanca, que da paso a un zaguán y de donde parte un ascensor y escaleras hasta el sexto piso, letra B, donde, a estas horas, seguro que duerme con sueño ligero el Minotauro. Es la casa de Borges, en efecto. Empieza un día feriado y no se oye el motor de un vehículo. Contemplo con fijeza el portal un par de minutos, no sin temblor en las piernas y con una ostensible dificultad al tragar saliva. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 73)

Sólo comparable este estupor con el descrito al acabar la soñada visita:

Cuando salimos al pequeño recibidor, echo una última mirada al maestro, que se sumerge a tentones en los restos de su desayuno. Ha pasado media hora desde que llegamos. Una eternidad o breves segundos para mí. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 117)

O con el hecho de que, en las páginas finales de sus memorias, Martínez Sarrión no dude en referir el «estado actual de mi espíritu» sino con unas palabras suyas,⁶ confirmando una vez más que

⁶ «El estado actual de mi espíritu estaría cifrado en estas líneas del Borges final, que jamás yo lograría: “Ahora me siento más sereno que cuando tenía veinticuatro años. Claro, a esa edad uno trata de ser Hamlet, de ser Byron, de ser Baudelaire

las palabras más importantes, decisivas de un escritor, aquellas donde sueña ser real, las halla siempre en los libros de los otros, de unos otros siempre los mismos. Finalmente, el encuentro se ha producido, y en el relato que hace Martínez Sarrión se alternan Borges y el *otro*, unidos por el narrador en la figura del Minotauro. El Borges que se queja de la situación política, de su escasa pensión de jubilación... y el que relata un sueño como si lo escribiese, interrumpiéndose:

—Un sueño que se me repite mucho y siempre, es curioso ¿eh? cuando me hallo de viaje, es que estoy solo y perdido vagando por los vericuetos de la Biblioteca. (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1987: 116)

No es un sueño distinto el que ha tenido Martínez Sarrión en *su Diario Austral*: de viaje, se ha convertido en huésped de la desordenada biblioteca de su memoria, donde se encuentra el origen y destino de sus palabras. «—¡“Moderno”!, que no vives, que sólo estás en la literatura!», parece que le espetó Carlos Barral, aunque fuese cariñosamente, en alguna ocasión (MARTÍNEZ SARRIÓN, 2002: 270). Desde esta perspectiva, se entiende que los libros ocupen un lugar central en los volúmenes autobiográficos de Martínez Sarrión que vendrían más tarde, y la continua textura libresca —no erudita, sino constitutiva del acontecimiento del relato— que matiza todo lo que en ellos se narra:

Libros, papeles, periódicos, emociones, melodías, tráfagos, climas y atmósferas que, cuando son amigables y placenteros los días, logran aligerar y dar vuelo a la vida, potenciando nuestra libertad, relativamente incondicionada, ¡con qué dureza y malignidad se nos adhieren, tal si estuviesen impregnados de un engrudo repulsivo y pugnaz, en los trayectos malos, bajos, depresivos o angustiosos de nuestras existencias! (MARTÍNEZ SARRIÓN, 1995: 116)

No creo exagerado pensar que la importancia dada por Martínez Sarrión a los libros y a los descubrimientos en las librerías argentinas son una manera de agradecerle a aquel mundo editorial lo que hizo posible; una novísima mirada se concreta aún más: como un novísimo memorialismo, sin duda entre los más apasionantes de la actual literatura europea.

Bibliografía citada

- BENJAMIN, Walter (1931). «Ich packe meine Bibliothek», rev. *Die literarische Welt* Berlín, 17/7/1931. [2001] «Despemaqueto la meva biblioteca», rec. en *Assaigs de literatura contemporània*, trad. cat. de Pilar Estelrich, Barcelona: Columna.
- BENJAMIN, Walter (1937). «Eduard Fuchs, der Sammler und der Historiker», rev. *Zeitschrift für Sozialforschung*. [1990] «Historia y coleccionismo: Eduard Fuchs», rec. en *Discursos interrumpidos, I*, trad. esp. de Jesus Aguirre, Madrid: Taurus.
- CASTELLET, José María (1970). *Nueve novísimos poetas españoles*. Barcelona: Barral editores. [2001]. *Nueve novísimos poetas españoles*. Barcelona: Ediciones Península.
- DE MAN, Paul. (1979). «Autobiography as De-Facement», *Modern Languages Notes*, núm. 94. [1984] *The Rethoric of Romanticism*, Nueva York: Columbia U.P.

[...]. Y uno cultiva la desdicha. Después uno se da cuenta que la desdicha no es necesario cultivarla, se la encuentra sola...» (MARTÍNEZ SARRIÓN, 2002: 404)

- DE TORRE, Guillermo (1943) «La emigración intelectual, drama del presente», en *La aventura y el orden*. Buenos Aires: Losada.
- GÓMEZ CARRILLO, Enrique (1914). *El encanto de Buenos Aires*, Madrid: Perlado, Páez y Comp^a.
- GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón (1948). *Explicación de Buenos Aires*, Madrid: Idea.
- MARTÍNEZ SARRIÓN, Antonio (1987). *Diario austral*. Madrid-Valencia: Hiperión-Instituto de Cine y RTV-Fundación Shakespeare.
- MARTÍNEZ SARRIÓN, Antonio (1993). *Infancia y corrupciones*. Madrid: Alfaguara.
- MARTÍNEZ SARRIÓN, Antonio (1995). *Cargar la suerte*. Madrid: Alfaguara
- MARTÍNEZ SARRIÓN, Antonio (1997). *Una juventud*. Madrid: Alfaguara
- MARTÍNEZ SARRIÓN, Antonio (2000). *Esquirlas*. Madrid: Alfaguara
- MARTÍNEZ SARRIÓN, Antonio (2002). *Infancia y días de lluvia*. Madrid: Alfaguara
- MARTÍNEZ SARRIÓN, Antonio (1997). «Entrevista a Antonio Martínez Sarrión», *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, Núm. 2, enero de 1997, Barcelona: PPU.
- MONTALBETTI, Christine (1997). *Le Voyage, le monde et la bibliothèque*, París: Presses Universitaires de France.
- RUSIÑOL, Santiago (1911). *Del Born al Plata*, Barcelona: Antoni López Llibreter.
- TODOROV, Tzvetan (1991) *Les morales de l'histoire*, Paris: Grasset. [1993] *Las morales de la historia*, trad. esp. de Marta Bertrán Alcázar Barcelona: Paidós.